

EL VALLE DE LOS REYES (Tebas-oeste)

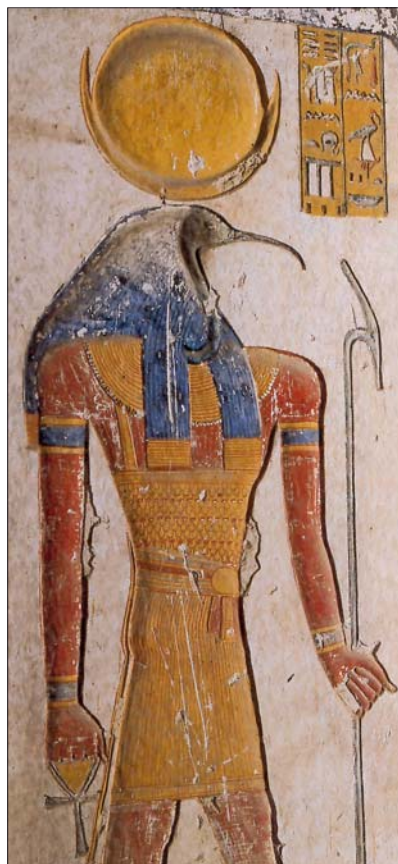
Salgamos de la zona cultivada y de los «templos de los millones de años» donde actuaban sin cesar ritualistas, artesanos y empleados, para entrar en el desierto y el silencio.

Ciertamente vamos a visitar tumbas pero, al igual que las pirámides y las mastabas del Imperio Antiguo, no son lugares de muerte. Tebas-oeste es el dominio de la vida resucitada.

A tal señor, tal honor, comencemos por el justamente célebre Valle de los Reyes, al que se accede por una carretera que sigue el trazado del camino que tomaban las procesiones para conducir la momia real hasta su morada de eternidad.

Soledad y aridez reinan en este austero paisaje, sobrevolado por milanos que dibujan grandes círculos por encima de la diosa protectora del lugar, la Cima de Occidente. Dominando el Valle de los Reyes. Esta pirámide, tal vez en parte tallada por manos de hombres, atrae la mirada. La elección del paraje se llevó a cabo en función de ésta, como si las tumbas reales fueran otras tantas capillas subordinadas a esta pirámide. Albergaba una diosa-serpiente, Meresger, «La que ama el silencio».

El Valle de los Reyes es la última morada de los faraones del Imperio Nuevo. Fue Amenhotep-I (1551-1524) quien eligió el emplazamiento. Aunque haya sido venerado como su santo patrón, no fue inhumado allí. El primer habitante del paraje fue Tutmosis I (1524-1518) cuyo nombre significa «El que ha nacido de Thot». El constructor de su tumba, el arquitecto Ineni, era

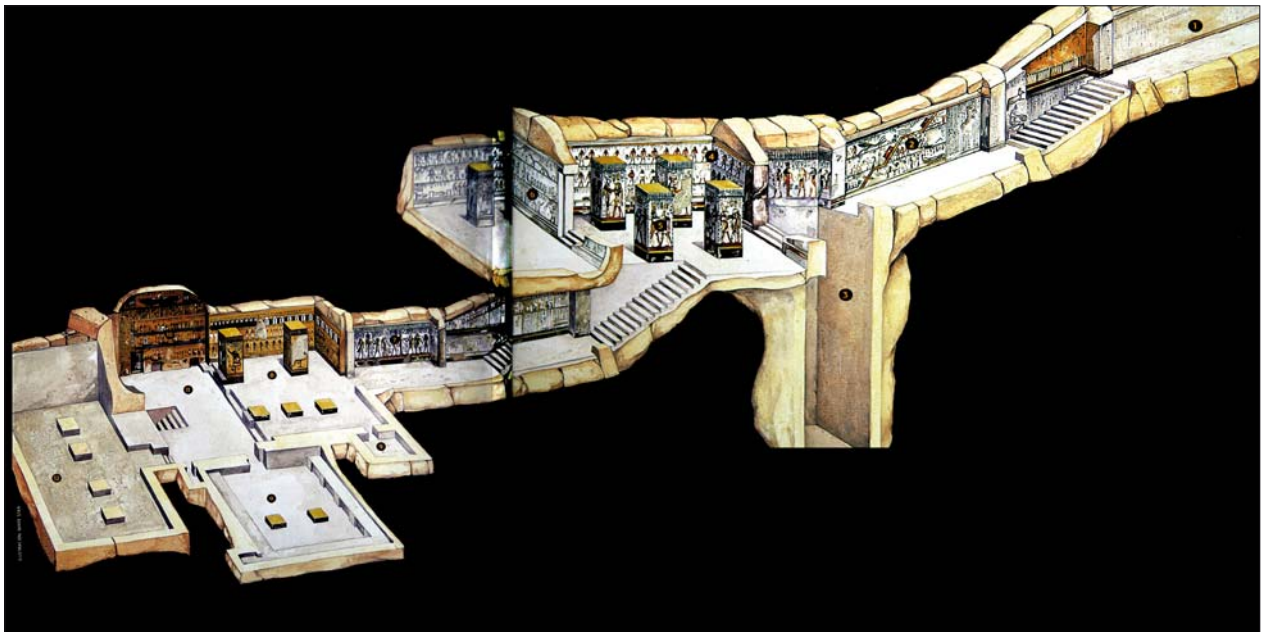


un hombre dotado de una gran rectitud que sabía guardar los secretos.

Aunque el Valle de los Reyes merece su nombre, puesto que esencialmente alberga a faraones, subrayemos sin embargo dos particularidades. En primer lugar, el paraje está dividido en dos partes de desigual importancia. En la rama del oeste, a la que se llega por una sinuosa carretera, se encuentran sólo cuatro tumbas, entre ellas la de Amenhotep III y la de Ay, el sucesor de Tutankamón. La rama del este es el Valle de los Reyes propiamente dicho. A continuación debe advertirse que algunos personajes no reales, unos quince, obtuvieron el gran privilegio de ser inhumados junto a los monarcas a los que sirvieron fielmente. Y no olvidemos las sepulturas de animales ritualmente momificados.

Las tumbas eran excavadas y decoradas por reducidos equipos de artesanos iniciados, que vivían en una aldea protegida y custodiada (Dayr al-Madina), como el propio Valle.

El nombre egipcio del Valle era sekhetat, «la gran pradera», en referencia a un paraíso celestial que la mirada del resucitado puede contemplar al final de un recorrido de orden iniciático que



revela el mismo plano de una tumba: un umbral que sólo puede ser cruzado si se respeta la ley de Maat, un corredor que desciende hasta el corazón de la Tierra, el paso sobre un pozo que contiene la energía de Nun, las salas con pilares donde están inscritas las fórmulas del conocimiento que permitirán al rey encontrarse con los dioses y superar los obstáculos y la sala del sarcófago (el «señor de la vida»), la Morada del oro donde se realiza la transmutación en luz.

Los muros de las tumbas contienen inscripciones de diversos «libros funerarios reales»: libro de lo que hay en la cámara oculta, Libro de las Puertas, Libro de las Cavernas, Libro del día y de la noche. Libro de la Tierra, Letanías del Sol. El título desarrollado del Am-Duat es por sí solo un venero de enseñanzas: escritos de la cámara secreta, sede de las almas, de los dioses, de las sombras, de los espíritus y de sus acciones...

Para conocer las almas de la Duat, para conocer sus actos, para conocer los actos de glorificación de la luz divina, para conocer las potencias misteriosas, para conocer el contenido de las horas y su dios. Para saber lo que les dijo, para conocer las puertas, las vías que recorre el

gran dios, para conocer el curso de las horas y su dios.

El viaje de la barca solar comprende doce etapas, las doce horas y regiones de la noche. Según la expresión de Champollion, navega «*por el río celestial, sobre el fluido primordial*». En proa se encuentra Sia, la intuición que la guía en las profundidades de la energía original y el cuerpo de la diosa Cielo. Tiene que reducir a la impotencia a la serpiente Apofis, que sin cesar intenta desecar el río vital.

El envite de este viaje es fundamental: vencer a la muerte, hacer que renazca alquímicamente un nuevo sol en forma de escarabeo, el símbolo de nacimiento y de mutaciones logradas.

Las fórmulas de resurrección convierten el sarcófago en el equivalente de la colina primordial, la isla de la primera mañana del mundo donde Faraón se identifica con el sol, con el Osiris reconstituido.

Textos y representaciones proporcionan al rey un plano del más allá, le indican qué caminos debe seguir y el modo de evitar los peligros. Este mundo subterráneo está poblado por seres extraños, guardianes, símbolos. Estas escenas nos revelan el viaje hasta el fin de la noche que supone el triunfo del nuevo sol.



Dair al-Bahari, la eternidad de la reina- faraón Hatsepsut

Dair al-Bahari (1) se encuentra en la orilla occidental del Nilo, frente a Karnak, en un anfiteatro natural dibujado por un acantilado que pertenece a la cordillera líbica. Al sur, la montaña más sagrada entre todas, la Cima de Occidente, donde vela una diosa que acoge a «los justos de voz».

En ese lugar, el sol pone una rara intensidad. En pleno mediodía, una blancura cegadora hace que el templo se confunda con la montaña a la que está adosado.

Nada concreto sabemos sobre el paraje con anterioridad al reinado de Mentuhotep (XI dinastía, hacia 2050 a.J.C.). Cinco siglos antes de Hatsepsut, este faraón construyó en Dair al-Bahari un primer santuario cuyos vestigios pueden verse justo al lado del templo de Hatsepsut.

Su estructura era especialmente interesante: un patio con árboles del que partía una rampa que desembocaba en un vasto zócalo en el que una tumba de Osiris, en forma de cerro, se hallaba oculta por la vegetación. Tras esta sepultura, un sepulcro excavado en la roca. «Primera de los nobles», «La que besa a Amón», «Poderosa en fuerzas de vida», «Verdeante de años», «Divina de apariciones», Hatsepsut era la esposa del rey Tutmosis II. A la muerte del rey, ella fue primero regente antes de convertirse en faraón, de 1498 a 1483 a. J.C. Que una mujer ocupase la función suprema no era una novedad y no escandalizaba a ningún egipcio. Tutmosis III, destinado al trono, aguardará la muerte de Hatsepsut para sucederle. Se vinculará entonces directamente al reinado de Tutmosis I, ocultando el período de gobierno de Tutmosis II y Hatsepsut y haciendo grabar algunos cartuchos con el nombre de la reina faraón. Tuvo la precaución de dejar varios de ellos intactos o muy legibles.

No hubo ni guerra civil ni enfrentamiento de facciones; se estableció una época apacible y próspera, durante la cual Hatsepsut y su genial maestro de obras, Senen-Mut, emprendieron la construcción de un templo con terrazas unidas por una rampa que subía hacia el acantilado. Recibió el nombre de djeser-djeseru, «el sagrado entre los sagrados». Y Hatsepsut lo colocó en el eje de su tumba del Valle de los Reyes.

Hoy el jardín con árboles de incienso y adornado con albercas ha desaparecido. Para recibirnos un león señala el inicio de la gran rampa. Junto con su pareja, destruida, simbolizan el ayer y el mañana y con los ojos perpetuamente abiertos velan por el santuario.

(1) - Dair al-Bahari significa «convento del norte».

